

Es en esta etapa de su vida que lo sorprende la aventura nacional revolucionaria.

El final de tanta actividad personal y colectiva es triste y pesimista. En el tráfago de la acción el hombre puede olvidar las fealdades de la vida. Esta muestra, con la vejez, su peor cara, y con la muerte al lado.

Don Luis, ya viejo, se enamora de una mujer hermosa y buena, estropeada por la mala suerte. Carnaval, destruído y cansado, termina suicidándose en el mar.

Baroja con su vieja, objetada y original manera novelesca, consigue darnos—sin recurrir a fórmulas existencialistas—una visión terrible y exacta de la crisis espiritual de la España contemporánea.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



«CUMBOTO», novela por RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ, Editorial Nova, Buenos Aires, 1948

«Mene» la primera novela de Díaz Sánchez, es una dinámica visión de la vida de los criollos y norteamericanos en la zona petrolera de Zulia, en la costa venezolana.

Se advierte ya en «Mene» la maestría del novelista, dueño de su técnica y de su expresión literaria.

Su conocimiento del paisaje, del hombre y de su lenguaje es exhaustivo.

Como afirma Mauriac, Díaz Sánchez sabe del pasado, del presente y del porvenir de sus héroes.

Tienen sí, preponderante relieve, los negros y mulatos de esta costa tropical de Venezuela, a la mar-

gen del lago Maracaibo. Son parte del húmedo paisaje, como árboles y pájaros y buenos o malos, actúan en forma vegetativa o animal, frente al blanco instalado en su tierra.

Salvo algunos novelistas cubanos y brasileños y entre éstos el genial Aluizio Acevedo, es Díaz Sánchez el más auténtico intérprete de la psicología mulata en la América Hispana.

No aludo a la observación directa, la de un espectador inteligente, ante un medio tan pintoresco y original, no, es algo que nada tiene que ver con el pintoresquismo sudamericano, sino que nace de la raíz misma del tema, del hombre y del verde paisaje de palmeras y pájaros.

Y la realización estilística; desde luego, un sobresaliente dominio del castellano. El amor por la cláusula burilada, armoniosa y por la imagen colorida, sin que el dominio del detalle perjudique a la síntesis, a la poética inclinación hacia el símbolo que se observa en las dos novelas de Díaz Sánchez.

«Mene», nombre criollo del petróleo, en la colonia, cuando las tardas carabelas iban a alquitrantar su tabazón, comida por la broma, a la costa de tierra firme, con el aceite que burbujeaba en la playa, es el mismo petróleo actual, extraído con potentes bombas y llevado en oleoductos hacia los barcos, como «Cumboto» se perfila en un horizonte de negros fugitivos que atravesaron el Caribe para llegar a Venezuela.

«Mene» y «Cumboto» son dos palabras del dialecto zambo, según entiendo y ambas son síntesis de las dos novelas de nuestro escritor.

«Mene», además, es la primera novela en castella-

no que describe la explotación del petróleo, por los yanquis, a orillas del Maracaibo.

Hay un antecesor, entre otros menos importantes, el colombiano Uribe Piedrahita que en «Mancha de aceite» pinta la misma región donde transcurre «Mene».

El libro de Uribe Piedrahita no es, en realidad, una novela, sino una serie de aguafuertes, muy bien hechas, ricas de dibujo y de hallazgos de estilo, pero no es la vida total de los obreros la que relata, sino sus reacciones intelectuales, la de un médico de la factoría que examina a sus enfermos y se entretiene, enamorando a la rubia esposa de un técnico norteamericano.

Aporte interesante, sin duda, con algo de argumento de cine, pero sin que la vida potente, primaria del explotado, el drama de verdadero interés, aparezca por ningún lado.

En Piedrahita, el artista, su refinada cultura, predominan sobre el hombre; en Díaz Sánchez, el medio es todopoderoso, con el tumulto afebrado de las faenas, la algazara de botiquines y prostíbulos bajo la noche tibia, las peleas a cuchillo, los asesinatos y al margen, frío, indiferente, el campamento norteamericano, rosario de luces a la orilla del lago.

Estas rápidas observaciones tienen por objeto dar a conocer a «Mene», a Díaz Sánchez y sobre todo a «Cumboto», su libro más reciente.

El ambiente de «Cumboto» es el mismo, pero no es la explotación extranjera, el drama del petróleo, sino la vida más idílica de un fundo o estancia del trópico.

El medio de «Mene» es quizá más épico, más trágico, más novelable, si así pudiéramos decirlo, pero

en «Cumboto» el novelista ahonda más y emplea mejor sus notables dotes narrativas.

En «Mene», el paisaje y los caracteres son anotaciones, rápidas y convincentes trazos, de un espectador que ama lo que está viendo y ha sentido; en «Cumboto», la fuerza emocional reside en la autobiografía.

Ni petroleros mulatos, ni americanos rubios explotadores hay en «Cumboto». Estos negros rurales son, sin embargo, hermanos de aquellos mineros de «Mene» y por lo mismo más serenos, más adaptados al medio que ellos escogieron voluntariamente y con peligro de sus vidas.

Ahora son otros los *musiués*, unos colonos de origen alemán, casi criollos, como es frecuente encontrarlos, ya asimilados en Brasil y en Chile.

Esos alemanes del trópico, como los nuestros de Llanquihue, viven en franca amistad con los *cumbotos*.

Es un mulato, alma fiel y afectuosa, el que cuenta lo que ha pasado en la casa blanca, del alma de sus moradores y de los inquilinos mulatos y negros, esparcidos en las posesiones de la hacienda.

Son notables de vida y de animación todos los personajes de «Cumboto» y actúan por sí mismos, pero el poeta, el creador excepcional que hay en Díaz Sánchez, llega a una máxima realización artística en la evocación del medio tropical.

Imágenes, elaboradas con elementos de la realidad cuidadosamente observada y sentida.

«A esta hora no se ven ya pájaros en el cielo (es un atardecer) ni en las matas del monte. Lo que queda del sol es como la huella de un labio roto, apoyado en la copa del horizonte».

O bien, este nocturno del trópico:

«No había luna, pero las estrellas brillantes difundían un fino polvillo de luz que daba a las cosas, borrosos contornos azules».

Los negros y mulatos que figuran en este bello cuento de *siete leguas*, como lo denomina poéticamente el autor, resultan más sanos y más bondadosos que los dueños de la tierra.

El autor lo anota con agudeza y emoción:

«Es alegre el negro como los niños. La vida ondula con un holgorio constante, entre risas, cantos y charlas interminables. Le encanta jugar. Su atmósfera es de retozo. Imita a los animales del bosque, particularmente a los pájaros, por los que siente predilección. No existe un negro que no crea, a pie juntillas, que los animales hablan y que algunas personas poseen el secreto de su lenguaje».

Es preciso agregar que «Cumboto», novela de negros y blancos, no es una obra tendenciosa, de pretensiones reivindicadoras.

El autor está por encima del tumulto, según la frase de Romain Rolland, porque es, ante todo, un artista. Y lo que le interesa es la vida y vida es lo que se desprende de «Cumboto» fiel pintura del negro y del mulato de América.—MARIANO LATORRE.